



Lcdo. PEDRO SAAD HERRERIA \*

- Nuestra investigación social tiene que estar encaminada, estoy seguro que va a estar encaminada, a pesar del enemigo de clase, a la liberación del pueblo del Ecuador.
- La única tarea cultural digna de tal nombre en el Ecuador, es la revolución social en nuestro país.

He visto someramente la lista de los conferencistas que han estado por aquí y, me he encontrado con la predecible sorpresa (si acaso cabe un absurdo de esta índole) de ver que muchos de ellos son decididamente políticos. No es extraño que sean dirigentes políticos quienes vienen a hablar acerca de política cultural. No

lo es porque vienen a hacerlo, no en función de intelectuales, no en función de ideólogos, sino desafortunada y desgraciadamente en función "política", con el agravante añadido de que "función política" en el Ecuador de la era del retorno significa bien poco más que política electorera, de conquista de votos; es decir,

\* Investigador de Problemas Socio - Políticos

política coyuntural que trata de conquistar no unas conciencias para unas ideas, sino de conseguir unos votos para unos candidatos.

Mi situación es completamente diferente. No aspiro a ninguna elección ni vengo a conquistar ningún voto.

Encuentro, sin embargo, que es perfectamente lógico que se haya invitado a políticos, porque era la intención, tengo entendido, del Instituto Otavaleño de Antropología, decirles a los políticos que también hay una política cultural. Hacer, si no que la estudien, cosa extremadamente difícil de lograr, por lo menos de lograr que se entere el mundo político del país que hay también una política cultural a ser tratada. Porque eso es, precisamente, una de las cosas que no hemos tenido nunca en el Ecuador; una política cultural. Y no la ha habido en nuestro país, por una sencilla razón. Porque nunca ha hecho falta.

Nunca ha hecho falta, porque la cultura no es esa cosa anodina, un poco absurda, que significa asistir a una exposición de pintura, sentarse a soportar un concierto, venir a resistir una conferencia, o agarrar un libro para leer, la mayor parte de las veces, a duras penas el prólogo o, quizás, algún resumen mal comprimido en alguna revista de vasta circulación. La cultura no es eso. No es el reconocimiento de unos cuantos datos dispersos por ahí. Y la política tampoco es eso de conseguir votos. Ambas tienen que cumplir una tarea muy específica dentro del convivir de cualquier cuerpo social. Esa específica tarea es la de dar coherencia y sentido a la postura de una actitud dominante dentro del cuerpo social; trasladar a ideas, a palabras, a expresiones ideológicas,

las necesidades económico-sociales de una determinada clase social. Eso nunca hizo falta en el Ecuador, y no hizo falta no porque no tuviésemos clases sociales -el Ecuador es un país dividido en clases-. No hizo falta no porque no tuviéramos lucha de clases, -que en cualquier sociedad dividida en clases existe-, sino porque la lucha de clases específica y concreta que se daba en el Ecuador no exigía de parte de los elementos contendientes el desarrollo de una política cultural.

Ella hacía falta, pero no era necesaria. "Hacía falta" en el sentido de señalar una carencia que debía suplirse, que debía llenarse, como si fuera un agujero interminable, por parte de esa coherencia ideológica. Pero, no era necesaria, porque la necesidad en la historia de los pueblos no consiste en cumplir y satisfacer las necesidades, las carencias del cuerpo social, sino que la necesidad histórica está representada por aquellos elementos que en el curso de la lucha de las contradicciones internas del cuerpo social han madurado y tienen que llenarse.

La lucha de clases en el Ecuador, el modo específico de desenvolverse de la sociedad ecuatoriana, no requería, no hacía necesaria por parte de las clases en pugna la elaboración de una política cultural. ¿Por qué esto? porque la cultura fue siempre un hecho de clase; porque la cultura no es ese inocuo y universal y ecuménico elemento que tratan de decirnos las clases dominantes que es. A las clases dominantes les conviene, les es necesario un concepto estéril de cultura, porque las clases dominantes afirman incesante, perpetuamente que la humanidad es una sola, que hay una sola humanidad: homogénea, perfectamente unida dentro del cuerpo social, y que ellas representan a esa

humanidad unificada por su propia explotación; que, en consecuencia, aquella cultura que representa sus valores, su modo de vida, su forma específica de ser dentro de la historia, es la "Cultura" con mayúsculas y en singular, que excluye cualquier otra posibilidad de cultura.

En una sociedad dividida en clases, la cultura es siempre la cultura de una clase determinada. En el Egipto faraónico, los esclavos del imperio construían, bajo el látigo de los capataces y las amenazas de los sacerdotes, las gigantescas pirámides en medio del desierto. Pero, una vez construidas, esas mismas pirámides, su propia obra, se volvía contra ellos, al convertirse en "cultura". Podemos imaginar a esos esclavos en trance de rebelión y al sumo sacerdote del imperio que, para contener la ira popular, se yergue en las pirámides y se dirige al pueblo.

"Mirad -quizás les haya dicho-. Ved aquí al faraón. Esta pirámide representa su poder. Ved cuan grande, cuan poderoso, cuan pétreo, enorme, inacabable y eterno es este faraón. Y ahora, miraos vosotros, pobres esclavos: hambrientos, haraposos, descalzos, débiles, como les prueba el látigo del capataz. Comparaos. Mirad la pirámide-faraón y miraos vosotros. ¿No está acaso condenada al fracaso cualquier rebelión? "

De modo que esa cultura eterna, inmutable que recordamos del antiguo Egipto no era la cultura del Egipto antiguo, sino de una parte de él. Era la cultura del faraón. ¿Qué pasó con la cultura de los esclavos que construyeron esas pirámides? ¿Qué pasó con la cultura de los hombres a quienes birlaron el resultado de su esfuerzo?

Y no es sólo en Egipto. Aquí mismo, en América, aún antes de la llegada de los españoles imperó el hambre y la opresión y la "cultura" fue un hecho de clase. El trono del Inca en Sacsahuamán, por ejemplo, tenía más de 20 metros de alto. Un trono de 20 metros ya no es una silla, por supuesto. ¡Ni siquiera el Inca habrá tenido posaderas para llenar veinte metros de trono! No, no es una silla, como la pirámide no fue una tumba. Era un hecho "Cultural". Era una representación del poder del Inca ante los ojos del pueblo. No estaba destinado a servir de asiento al gobernante, sino de podio al sumo sacerdote, a un orejón cualquiera, que hiciera comparar al pueblo sus humildes asientos, si acaso los tenían, con este sobrehumano asentadero de nalgas del Zapa Inca del Tahuantinsuyu.

Siempre hubo un contenido de clase en la cultura. El trono de Sacsahuamán no representa todo el incario, sino una parte de él. Al Inca.

Y aún más grave se torna este fenómeno, cuando llega un conquistador extranjero. Y aún más grave si ese conquistador extranjero viene movido no sólo por un abierto, claro y desfachatado afán de conquista económica, como es siempre, sino que enmascara ese abierto contenido económico de su conquista, con el más suave, más tierno, más elegante lenguaje de una religión, de una "cultura, -otra vez la palabra-, de una idea, de un mundo, de una "civilización" -palabra más elegante todavía-. ¿Qué ocurre entonces? Que, para poder armonizar su necesidad económica y su religión, tiene que traicionar a una de las dos. Y, desgraciadamente, cada vez que las ideas entran en pugna con la necesidad económica, son las

ideas las que salen perdiendo.

Así, cuando el conquistador español llega a América, viene representando en ideología, en teoría, en palabras, precisamente a la religión cuyo mayor mártir había muerto crucificado por decir que todos los hombres eran iguales; y, sin embargo, en nombre de ese hombre, en nombre de esa maravillosa doctrina de solidaridad humana, viene a instalar mitas, a montar obrajes, a repartir encomiendas y a percibir tributos. ¿Cómo lo hace? . Hay una contradicción entre la necesidad económica de ese conquistador de instalar todos estos centros de opresión, de montar todos estos institutos jurídicos para expoliar a la población y el supuesto afán de "civilizar", de "catequizar", de "convertir", de "salvar del paganismo". Y entonces se recurre a otra forma de saqueo. El saqueo de la propia condición humana del conquistado, y los indios americanos fueron declarados "muy parecidos al hombre". Si ya no eran hombres completos a carta cabal, ya no eran "prójimos" hechos a imagen y semejanza del hombre que murió en la cruz por decir que éramos iguales, y, si ya no éramos iguales, ya se podía ser perfecta, absoluta y límpidamente católico, e ir a misa, darse golpes de pecho todas las mañanas a las cinco, cuando hasta las cuatro de esa misma madrugada se había estado torturando y latigueando a estos "parecidos al hombre" que el señor tenía en su encomienda, en su obraje, encargados en su mita, o de quienes iba a percibir luego los tributos y los impuestos.

Y no hablo sólo del siglo XVI. Cuando en el sur de los Estados Unidos se torna necesaria la explotación del trabajo esclavizado de los negros para las plantaciones de algodón, esos

mismos santos, buenos, tolerantes emigrados de Europa en búsqueda justamente de lo que todavía se dice la tierra de los libres, necesitaban encontrar una explicación ideológica, moral, "Cultural", para mantener, al mismo tiempo que su supuesta pureza religiosa, su necesidad económica de explotación. Y el negro pasa a ser "parecido al hombre". Pasa a ser minimizado en su condición de hombre, privado de su esencial, de su más humilde categoría de "prójimo".

Ya no es "prójimo". Ahora es negro.

Y, esto no termina allí. Cuando las tropas norteamericanas llegan a Vietnam, los vietnamitas, que están luchando por su independencia nacional en contra del invasor norteamericano, tienen que ser minimizados. Ya no es un pueblo. Hay que darle otro nombre. Y se lo llama "gook", se lo llama "vietcong" se lo llama "charlie". Se le dan todos los nombres peyorativos que la "gloriosa", la "civilizada", la "cultura" mente del invasor puede inventar para el pueblo que pisotea.

Y aquí, entre nosotros, ocurre exactamente lo mismo. Vuelve a repetirse todo el fenómeno. En Otavalo, hace no mucho tiempo, el compañero Marco Barahona recordaba en una intervención, el grado claro, preciso de discriminación étnica que existía aquí mismo, en este lugar que es quizás donde la orgullosa raza aborigen ecuatoriana se halla, si cabe, mejor que en ningún otro sitio; es decir, si se me permite acuñar un barbarismo, menos peor que en otras partes.

Esto es la cultura. La cultura es, entre otras cosas (no cabe ponerse a discutir sobre semántica), el modo en que las clases domi-

nantes dan coherencia ideológica a su necesidad de explotación económica.

En este sentido, la historia cultural del Ecuador es la historia de un largo saqueo. Es la historia de un empobrecimiento y una pauperización constantes. Todo nos robaron. Nos robaron los dioses originarios. Nos robaron el quichua originario y ahora, para terminar de completar el proceso, no es difícil que terminen por robarnos hasta el español que nos impusieron para remplazarlo con el inglés que nos imponen.

Se nos robaron hasta la primera estrofa del Himno Nacional que hemos escuchado hoy, quizás por aquello de "indignados tus hijos del yugo"; para evitar que los hijos siguiéramos indignados del yugo que nos oprime desde hace casi quinientos años ya.

La historia de un largo saqueo. Como pueblo. Como clase.

Por eso las clases dominantes ecuatorianas, no necesitaron nunca de una política cultural. Porque nunca necesitaron convencer. Salía más barato vencer a la bruta. Un policía es más barato que un intelectual. Un oficial de ejército, mucho más fácil de instalar que un instituto de investigaciones. Mucho más fácil emitir bandos, órdenes y ordenanzas, que levantar sistemas filosóficos. Nunca necesitaron convencer. Era mucho más fácil, mucho más barato, mucho más sencillo, mucho más rápido vencer a golpes. Por eso es perfectamente lógico que en el Ecuador no haya habido jamás una política cultural. No es casual que en toda la larga fila de gobiernos nadie haya pensado nunca en que también hacía falta, a más de política financiera, a más de política internacio-

nal, a más de política parlamentaria, a más de política petrolera, a más de política política, a más de política cultural.

Y no es que fueran tontos, -todos eran doctores en Jurisprudencia y licenciados en Ciencias Sociales.- Los gobernantes ecuatorianos no han sido ni ignorantes ni tontos. Han sido burgueses, y su clase no necesitó nunca de una política cultural. En su sistema de explotación, la coherencia cultural era un ripio, algo elegante, pero innecesario.

Para consumo propio, importaban cultura de las metrópolis dominantes. Para la explotación del pueblo, la ignorancia era la norma cultural más importante. El alto nivel de analfabetismo y el descuido por la instrucción pública no se han debido a que los gobernantes fueran "malos", en el concepto moral, sino a que fueron representantes de terratenientes.

A un hombre que posea cinco mil hectáreas, y que únicamente aspire a que ellas cubran el costo del boato de su vida, no le preocupa mayormente la productividad de su suelo. No necesita tecnificar su producción. No necesita tractores para arar su hacienda, sino cercas de alambre para defender su propiedad. A ese latifundista le bastará con que los indios de su hacienda trabajen con pala y azadón, aunque produzcan poco. Y para trabajarle la tierra con pala y azadón, esos indios no necesitan saber leer o escribir. Por eso el terrateniente no estuvo nunca interesado en que "sus" indios aprendieran a leer. No porque fuera "malo", sino porque esa es su esencia de clase. Porque los indios, ante sus ojos, no eran seres humanos, sino los "instrumentos parlantes" de su hacienda.

Como el Ecuador no era más que la "hacienda grande" de todos los latifundistas del país, el aparato estatal que administraba esa hacienda grande no destinaba fondos a la educación rural.

Pero, hay otro sector de las clases dominantes, que no sólo tiene haciendas, sino fábricas. Que no tiene "indios", sino obreros, y cuyo afán de lucro es tan grande que no habría dinero en el mundo capaz de aplacar.

Ese sector de las clases dominantes está interesado en la productividad. En la máquina. En la técnica. Y en los hombres con conocimientos técnicos para operar las máquinas, agilizar el mercado y realizar predicciones económicas.

Para formar esos hombres, hay que instruirlos. Esa clase social está interesada en la escolaridad. No porque sea "buena", en el sentido moral de "bondadosa", sino porque esa es su esencia de clase y su necesidad económica.

Pero, por supuesto, la escolaridad en que está interesada esta clase social es de un tipo especial. No le interesa la "cultura" humanística que importaban los terratenientes, sino que le interesa la técnica. No quiere abogados. Quiere economistas. No quiere literatos o pintores. Quiere ingenieros. No quiere sociólogos. Quiere publicistas e investigadores de mercado.

Cuando esa clase toma el poder, no administra el Estado como una hacienda grande, sino como una fábrica. Necesita obreros calificados que le produzcan más cada día.

Pero, a un obrero calificado hay que convencerlo. Los mismos rudimentos de instrucción que esa clase social se vio obligada

a darle, para explotarlo más, capacitan a ese hombre no sólo para comprender la máquina de su fábrica, sino que pueda comprender la máquina de la sociedad en la que vive. Por eso hay que convencerlo de que vive en el mejor de los mundos posibles. Y convencerlo por todos los medios. Por la escolaridad. Por la prensa. Por la radio. Por la televisión. Por el cine. Todo tiene que laborar para el mismo fin. Todo tiene que ser coherente. Todo tiene que responder a la misma política.

Cuando hace falta convencer, hace falta una "política cultural".

Ese momento ha llegado. El momento en que ha madurado la necesidad para las clases dominantes de establecer, instruir y estatuir una política cultural ha llegado para el Ecuador, y es un momento de tremendo peligro para nuestro país y es un momento de gigantesca responsabilidad para los intelectuales ecuatorianos.

A eso quisiera hoy referirme aquí, en un centro de investigaciones de Ciencias Sociales.

Encuentro que el riesgo mayor que nos acomete es el que proviene, precisamente, de la propia inoperancia cultural de las clases dominantes ecuatorianas. Las clases dominantes nunca produjeron ideólogos, fabricaban demagogos. Jamás produjeron escritores, contrataban plumíferos. Hoy, eso no basta para convencer a un pueblo que ha tenido acceso a la educación que fue necesario darle por necesidades económicas de las clases dominantes en nuestro país. Hoy, necesitan ideólogos, necesitan investigadores y científicos sociales. No pueden formarlos, no tienen tiempo; no pueden

educarlos, carecen de capacidad para eso; no pueden comprarlos, los intelectuales tienen la mala costumbre de no querer venderse. Solamente pueden seducirlos. Han comenzado a hacerlo, y ese es el más grave peligro que hoy acomete a la intelectualidad ecuatoriana: la dulce, suave, tierna, enmascarada, cruel y falaz seducción de que está siendo objeto por parte de las clases dominantes y de sus amos internacionales.

Veamos someramente cómo se dio el proceso de cambio de necesidad en el seno de las clases dominantes. A partir del 16 de agosto de 1972, día del primer embarque petrolero, el Estado Ecuatoriano ha comenzado a disponer de más de 500 millones de dólares anuales, como resultado de esas exportaciones hidrocarbúricas. Dinero que iba a parar a las arcas fiscales y que se redistribuía de las arcas fiscales a través de varios organismos crediticios, de vuelta a la misma vieja oligarquía que existía en el Ecuador. Durante el primer período, esas clases dominantes ecuatorianas no saben invertir esos dineros y dejan excedentes.

¿Cómo es eso posible? ¿Cómo puede comprenderse que un país del subdesarrollo profundo, como el Ecuador, necesitado de desarrollar su industria, de tecnificar su agricultura, de incrementar su generación energética, tenga "excedentes" de capital, especie de "petrosucres"?

Porque no eran inversiones realizadas por el pueblo ni en beneficio del pueblo, sino inversiones de la burguesía, por la burguesía y para la burguesía, y las clases dominantes del Ecuador eran tan poca cosa, incluso como gente de negocios, que los dineros petroleros resultaron excesivos para su limitadísima visión.

Porque la burguesía ecuatoriana había operado desde siempre con una tecnología poco más que artesanal; con unos métodos de administración poco menos que familiares y para un mercado poco más que localista. Por eso, las clases dominantes ecuatorianas se vieron casi literalmente ahogadas con los dineros del petróleo.

Pero, la burguesía aprende rápido y, para mediados de 1975, coincidentemente con el boicott de las transnacionales del petróleo, la situación había cambiado. De pequeño grupo, imbricado todavía con la vieja oligarquía terrateniente, la burguesía ecuatoriana se ha convertido en una clase social. Dependiente de los centros internacionales hegemónicos, no muy segura todavía de sí misma ni de su status social, pero una clase social autónoma.

Entonces hace falta, en consecuencia, una coherencia ideológica y un convencer a los intelectuales. ¿Cómo se trata de seducir al intelectual ecuatoriano? Se lo trata de seducir con las nuevas escuelas, las nuevas entrecomillas, metodologías de investigación, de búsqueda, de planificación, de hallazgos que ha ido creando la burguesía a nivel mundial.

En el campo de las ciencias, de las disciplinas sociales, estas técnicas revisten algunas características que, en apariencia, son tremendamente atractivas, que han pulido su metodología de investigación hasta unos casi inverosímiles detalles, para ... una perogullada: el parto de los montes. Para hallar, como en algunos célebres estudios a nivel mundial, que una de las causales supuestas de toda la Reforma de Lutero, provenía de su estreñimiento intestinal. Para encontrar que la letra "a", se parece en casi todos los idiomas. Para encontrar el

parto de los montes.

¿Por qué? ¿Por qué: éste purito de investigación de lo minúsculo, de lo pequeño, del detalle, en olvido, en abandono de la gran investigación social acerca de los verdaderos contenidos de opresión y de dominación que existen en un cuerpo social como forma de seducción?

Y, ¡cómo proliferan de repente esas ciencias sociales en nuestro país! Cómo, de repente, de la noche a la mañana, y significativamente coetánea del petróleo, comienza a aparecer y a surgir una gigantesca cantidad de investigaciones, de centros formales de investigación. Cómo la Junta Nacional de Planificación Económica, por ejemplo, comienza a realizar una serie de trabajos de investigación tremendamente seductores, absolutamente finos en su metodología, en donde se rechaza airadamente los trabajos que realizó AITEC en Guayaquil, por ejemplo.

AITEC, Asistencia Internacional Técnica, que fuera denunciada de ser un instrumento de penetración de la Agencia Central de Inteligencia en los Estados Unidos, produjo tres tomos de una muy prolija investigación acerca de qué comía el subproletariado guayaquileño. No exagero, no exagero, la investigación fue acerca de en qué consistía la tal "canasta familiar", lo que se compraba en el mercado y en qué lugares específicos se compraba el pan, la carne, y, supuestamente, todo el mecanismo de investigación, que duró tres años, costó millones de sucres y utilizó doscientas personas, iba a rematar con el diseño arquitectónico y la ubicación geográfica dentro del casco urbano, de un nuevo gran mercado de productos alimenticios en Guayaquil.

Se rechaza esto. Los jóvenes bienintencionados, de procedencia cultural marxista muchos de ellos, que ingresan a trabajar en la Junta Nacional de Planificación Económica, jóvenes perfectamente bienintencionados, de cuyo amor al pueblo no cabe dudar, de cuya entrega al futuro de su Patria tenemos más de una prueba a lo largo de sus vidas, rechazan ese trabajo. Lo rechazan, no por la metodología del trabajo; no por el contenido microsociológico de ese trabajo, sino que lo rechazan por la financiación, por la Agencia Cultural de Inteligencia. Su rechazo es, pues, político y no científico; mitológico y no ideológico. Por eso, porque elevaron el justo, el intuitivo rechazo al oír el repugnante nombre de la Agencia Central de Inteligencia; porque no transformaron el contenido puramente ético de ese rechazo hasta convertirlo en un rechazo de carácter, reciedumbre y estructura científicos; cuando realizan ellos la investigación sobre lo que se llama el estrato popular urbano, primero en Guayaquil, más tarde en Machala y Puerto Bolívar, reproducen paso a paso, con una dolorosa repetición de hechos, casi exactamente los mismos monstruosos errores, solo que allá, malintencionado y acá, simples errores.

Siguen trabajando con categorías tan extrañas, tan faltas de explicación, como la tal "marginalidad" del estrato popular urbano, o sea del subproletariado que se acumula en las ciudades, de esa enorme capa de población, proletarios en potencia que provoca decir junto a Darcy Ribeiro que andan por allí, tocando las puertas, buscando un explotador y no lo encuentran. Tocando todos los eventuales centros de trabajo, casi para decir: "vea, señor, yo soy fuerte, míreme los brazos, pueda producir

le plusvalía, explóteme, no sea bruto"; y, encontrarse con que la burguesía ecuatoriana es tan poca cosa, que al hombre que viene a que lo exploten, no sabe cómo hacerlo. ¿Es eso un "marginal"? ¿está "al margen" de la sociedad un hombre así? Está al margen del consumo, pero dentro de la producción de la sociedad; dentro de toda su estructura social y cultural.

Y comenzamos a ver aumentar una gran cantidad de estudios. Comienzan a aparecer libros bien escritos, más o menos profundos, que investigan y calan dentro de la realidad, con una pulcritud metodológica que antes no existía en el Ecuador y que hoy parece irse alcanzando, pero con una cualidad de eunuco, con una cualidad de falta de vigor y de energía para insembrar el cambio indispensable a la base social que antes no existía tampoco.

Antes se escribía para cambiar la sociedad, porque daba asco. Hoy, provoca pensar que dolorosamente ha comenzado a escribirse para interpretar una sociedad que ya no se puede, o no se desea cambiar.

Esto forma parte de las tremendas seducciones que el enemigo de clase, que las clases dominantes, tienden al investigador social. Y no hablo ya de los intelectuales o los investigadores entregados a la burguesía conscientemente, porque esa es una subespecie humana que prácticamente en el Ecuador no ha existido. No ha existido, porque la burguesía ecuatoriana hasta antes del petróleo, jamás contrató intelectuales porque no los necesitaba. Nunca rentó intelectuales, porque no le eran necesarios. Si alguna vez tenía necesidad de un poco de ideología, le salían más baratas las latas que traía para la televisión, las cintas que traía para las radios, toda la inmensa muchedumbre de Corines Tellados y demás subgéneros literarios que importaba para las librerías, y las revistas; toda esa

gigantesca importación de lo que Jorge Enrique Adoum llamó con mucha precisión "veneno para niños"; a través de "comics", a través de revistas de la más nefasta, de la más deleznable de las índoles; y, cuando necesita distracción, léase embrutecimiento, que es la verdadera acepción que ellos dan a la palabra, cincuenta millones de boxeadores chinos, cuarenta y cinco millones de coreanos, catorce millones de judocas, de japoneses matizados con tres o cuatro luchadores mejicanos, para decir algo en español.

Todo esto el "entretenimiento", la "distracción" necesaria para el pueblo. Para las mujeres, a quienes se enseña a odiar la violencia porque no es "femenino", se les cultiva sus lágrimas, porque eso es "muy femenino" y, entonces, se importa cuanta llorona, gritona y deplorable telenovela se produce a lo largo y ancho de todos los lugares del mundo. Veneno para niños. Embrutecimiento para hombres y lágrimas para mujeres. Ese es el fondo de la cultura burguesa.

La cultura del pueblo es otra cosa. La cultura del pueblo, y es indispensable que se entienda así, no sólo por parte del investigador social ecuatoriano, sino por parte de todo el pueblo del Ecuador, es otra cosa. Nuestra investigación social tiene que estar encaminada, estoy seguro que va a estar encaminada, a pesar del enemigo de clase, a la liberación del pueblo del Ecuador. Al reencuentro con nuestra propia, con nuestra auténtica cultura, que es una cultura formada a lo largo de milenios y compuesta de solidaridad entre los hombres, de dignidad de cada hombre por separado y de cada comunidad por separado y de toda la nación en su conjunto. Formada por la frater-

nidad que se tiende de hombre a hombre, en un rescate.

¿Qué reclamamos plantear ante el Estado Ecuatoriano? ¿Qué promover ante el Estado Ecuatoriano? Partamos de entrada de una acepción pesimista-optimista; del hecho que la autenticidad de la cultura nacional, es decir la cultura de las clases oprimidas, la cultura del pueblo del Ecuador, no va a establecerse por decreto, mientras el Estado Ecuatoriano no esté administrado real, efectiva y directamente por el pueblo del Ecuador. Hasta tanto, no podremos tener una política cultural realmente coherente y realmente liberadora. Pero, eso no quiere decir que no podremos, ni habremos de hacer nada, hasta conseguir esa que es la mayor, casi provoca decir la única tarea cultural digna de tal nombre en el Ecuador, que es la Revolución Social en nuestro país. Hasta conseguir eso, podemos ir alcanzando algunas cosas.

Tenemos que luchar en todos los frentes del quehacer cultural. Tenemos que luchar arduamente en el frente de la extensión y la divulgación cultural, desarraigando el contenido de que la cultura es un montón de datos de información y de que "culto" es un hombre que distingue un cuadro de Rubens de uno de Goya y uno de Toulouse-Lautrec, cuando eso no es sino la erudición y la información a un cierto nivel, sino que la cultura es el reconocimiento real de los valores profundos de la condición humana escindida en clases sociales dentro de las más altas manifestaciones del espíritu. Erradicar, pues, ese concepto facilista, informador, escolar, divulgador, vulgarizador en el peor de los sentidos de ésta palabra, de nuestra enseñanza. Erradicar definitivamente todos los conceptos del enemigo de clase

y del enemigo de la nación involucrados en el lenguaje diario, porque el enemigo se mete en todas las manifestaciones culturales. Se mete en el lenguaje. Jorge Adoum constataba con precisión hasta qué extremo. Decía cómo todo está lleno de contenido de clase; cómo hasta lo más íntimo, lo que uno cree más sagrado de todo, la relación amorosa de un hombre con la mujer que ama y viceversa, hasta las palabras de amor pueden tener un contenido de clase, cómo esos conceptos de "eres mía", "soy tuya" "fuiste de otro", significan en sí, la conversión de la mujer en un deleznable objeto de utilización sexual por parte del hombre y no en su compañera de lucha, de vida y de trabajo permanente. Hasta en eso y, en todo, hasta en la comida, hasta en los más elementales sentires gastronómicos, cuando una cosa es sabrosa, ya no es "sabrosa", nadie le dice "sabrosa"; es "rica" porque lo "rico" es bueno, lo pobre es malo. Cómo ese contenido de clase se infiltra en todo. "Clásico", lo constataba Manuel Agustín Aguirre, era en la antigua Roma, un estamento social determinado, el romano de familia noble y pudiente. Hoy, "clásico" es algo que se distingue por su eminencia. ¡Vaya si no hay contenido de clase en todas las cosas! Hay que investigar el lenguaje para descubrir al enemigo de clase infiltrado en las palabras y para rescatar nuestras propias palabras. Pero, ¿qué hace la burguesía? Trata de seducir a nuestros jóvenes lingüistas para su propio campo ideológico. Ese campo ideológico de la burguesía es el de un cierto estructuralismo.

No todo estructuralismo es burgués. Lucien Sebag demostró ese aserto. No se trata de borrar lo avances de Saussure o las delicadas estructuras lógico-matemáticas de Chomsky. Se trata de impedir que nos seduzcan con el sonido y la forma de los signos, olvidando el

profundo contenido de clase de los significados.

¿Qué hacer en Sociología? ¿Hacer ese funcionalismo behaviourista que se viene imponiendo en el Ecuador paso a paso; que se presenta como muestra de pureza investigativa, de pulcritud metodológica y que obtiene resultados que se parecen mucho más a una investigación de mercado para agencias de publicidad, que a la desgarrada investigación necesitada por un pueblo en trance de liberación y preñado en historia? No. Por supuesto que no.

Lo que hay que hacer es otra cosa. Desentrañar dentro de la sociedad, aplicando esa pulcritud metodológica, poniendo en práctica ese bien pulido y afilado escalpelo que ellos mismos han desarrollado, los elementos para analizar, entender y comprender al enemigo y los instrumentos y los caminos por el cual habremos de marchar hacia su destrucción definitiva.

¿Qué hacer en todas y cada una de las disciplinas sociales? ¿Aceptar en la historiografía, en la historia de nuestra Patria, primero su negativa a ser considerada una ciencia social, y luego su vulgar conversión en la exaltación patrioterica para consumo de efemérides de los mitos con los que nos plagaron nuestra enseñanza de la Patria, al mismo tiempo que nos robaron la primera estrofa del Himno que ellos mismos exaltaban? No. Buscar dentro de la historia los condicionamientos que fueron haciendo del pueblo del Ecuador lo que hoy es, buscar dentro de la historia las motivaciones y los caminos y los sistemas por el cual el pueblo del Ecuador de hoy podrá readquirir su dignidad, su entereza y poder mirar cara a cara al sol como a su propio hermano. Encontrar los modos y las formas específicas en que las leyes

generales de la historia se desenvuelven en nuestro país.

Eso sería el proyecto cultural del pueblo. No vamos a obtenerlo todo; pero, creo y, esto es lo más importante, que tenemos que defender en nuestro país, simultáneamente dos cosas: primero que nada, el derecho a la investigación de nuestras propias causas, el derecho a la búsqueda de nuestro propio origen, el retorno a la fuente de nuestro propio ser, el camino que es siempre de ida hacia el origen desde el cual provenimos; ese derecho tenemos que reclamarlo a carta cabal y defenderlo permanentemente para nosotros: el derecho a la investigación de quienes somos, para qué somos, dónde somos y a dónde vamos. Pero, el reclamo de este derecho a la investigación, que está representado por este Instituto y por otros Institutos que se van creando a lo largo y ancho del país, significa, al mismo tiempo, un reclamo interno a ese investigador: el reclamo a ser fiel a aquello que proclama. El reclamo a ratificar con sus hechos las afirmaciones doctrinarias que realiza con sus palabras; el reclamo a ser lo que afirmaba el hombre a quien Jean Paul Sartre llamó el más grande intelectual del siglo XX, ERNESTO "CHE" GUEVARA, "el derecho y el deber a cumplir el deber que se preconiza".

Y hay que defender la autonomía de la investigación social, aun si esa autonomía significa la pobreza más extrema. Porque, hasta que no tengamos las riendas del Estado en nombre del pueblo, todo aporte estatal vendrá viciado con el contenido de clase de ese Estado. El Estado no es un mecenas, al margen de las clases, sino un instrumento de la lucha de clases. Y no habrá gobierno que financie su propio funeral. Por eso, siempre que sea posible,

la investigación deberá ser independiente del Estado burgués. Una investigación libre de las ataduras de la coyuntura política, pero amarrada al pueblo. Desvinculada de las clases dominantes, pero atada a las masas populares, para servirles, de un modo directo, pero mediato.

Y aquí una última reflexión. Con harta frecuencia, el intelectual y el investigador social en su contacto con el pueblo, se enfrenta a un reclamo por parte del organizador político, a un reclamo por parte del dirigente popular: el reclamo del servicio; el reclamo de la utilidad inmediata y directa de sus trabajos. Ello no es siempre posible, y muy rara vez es posible directamente por parte del intelectual, directamente por parte del investigador. La tarea del intelectual, la tarea del investigador es aportar con el conocimiento de los contenidos esenciales de una situación. La aplicación de esos contenidos esenciales de una situación, a los contenidos coyunturales, a las situaciones concretas del desenvolvimiento de las luchas populares, exige muchísimas veces una mediatización. La ciencia no es conjunto de discursos políticos bienintencionados. La ciencia es la base ideológica de la liberación, cuando esta ciencia está al servicio del pueblo. Pero, esa base ideológica no es directa y fácilmente traducible a las luchas populares, sino en muy contadas situaciones. Esa interpretación, esa traducción exige un esfuerzo de traslación metodológica que debe ser realizado en común acuerdo, mancomunadamente, entre el destinatario y su origen, entre el investigador social y las organizaciones

populares. Ni una investigación social que termine simplemente en una tesis doctoral incomprendible para el pueblo, ni tampoco una investigación científica que traicione y abandone y sacrifique científicidad en nombre del discurso político. Una investigación científica pulcra, llevada a cabo con toda la pureza y con toda la limpieza metodológica de los métodos actuales de investigación, cargada de profundo amor al pueblo; enamorada no sólo del pasado de su pueblo que investiga, sino también del hermoso futuro que con ese pasado y con este presente vamos a construir. Una investigación susceptible, eso sí, de aplicación aunque sea a largo plazo.

Quisiera terminar señalando el dilema y la opción de los intelectuales, de los investigadores en ciencias sociales. O se trabaja para el pueblo, o se trabaja para la burguesía. O se hace ciencia del pueblo o se hace ciencia de la burguesía. Los marxistas entendemos así la "política cultural": como una forma de conciencia de clase. Y ante las escuelas con que tratan de seducirnos hay también una decisión por tomar: tenemos en las manos un escalpelo, un bisturí que la metodología científica ha venido afilando y aguzando hasta límites muy finos. ¿Qué vamos a hacer con ese bisturí? Y solo hay dos caminos: o lo empleamos para enmascarar las lepras y putrefacciones del mundo burgués o utilizamos nuestro escalpelo para arañar una brecha y abrir una puerta que nos conduzca al camino por el cual se marcha hacia el futuro.